

Olivia Dean

# Suya...

## Cuerpo y alma

Volumen 8



■ Éditions Passage des Soupirs

Olivia Dean

# Suya...

## Cuerpo y alma

Volumen 8

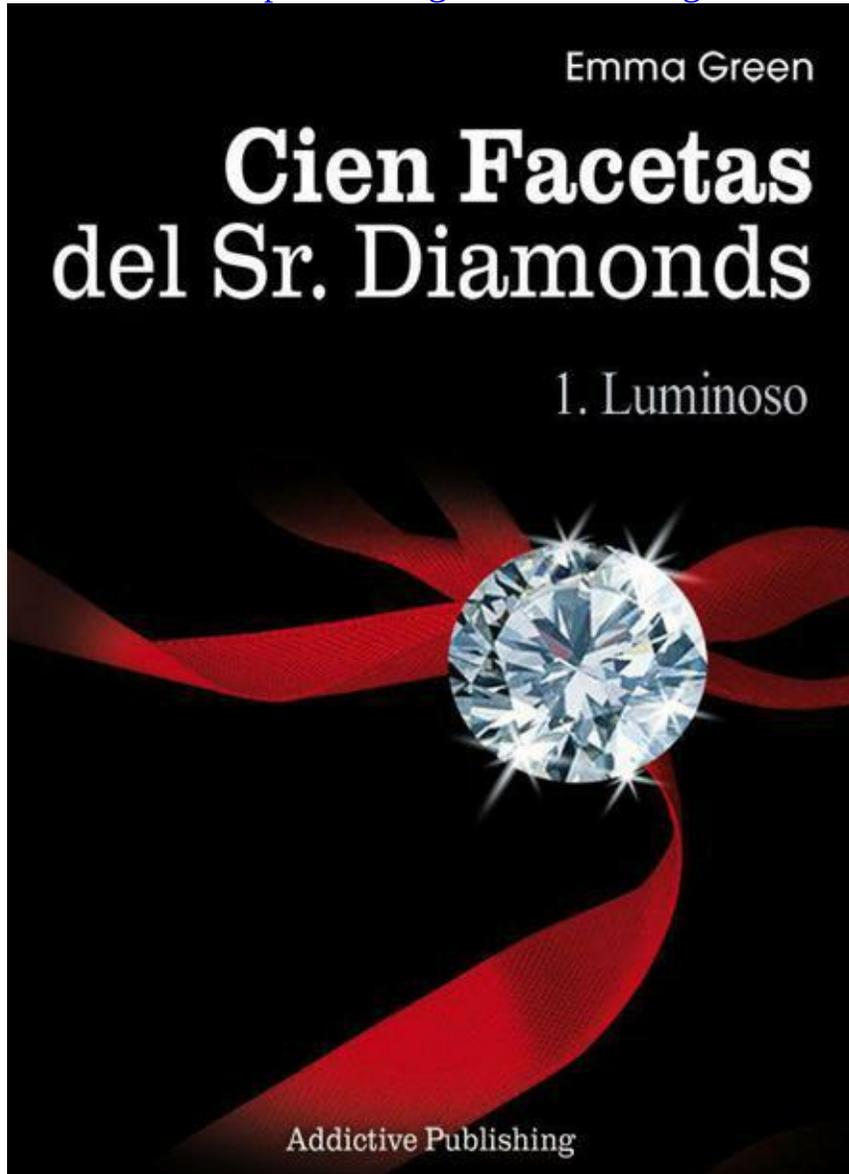


■ Éditions Passage des Soupirs

## En la biblioteca:

**Cien Facetas del Sr. Diamonds - vol. 1 Luminoso**

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



**En la biblioteca:**

**Toda suya volumen 1**

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

**EMILY BROOKS**



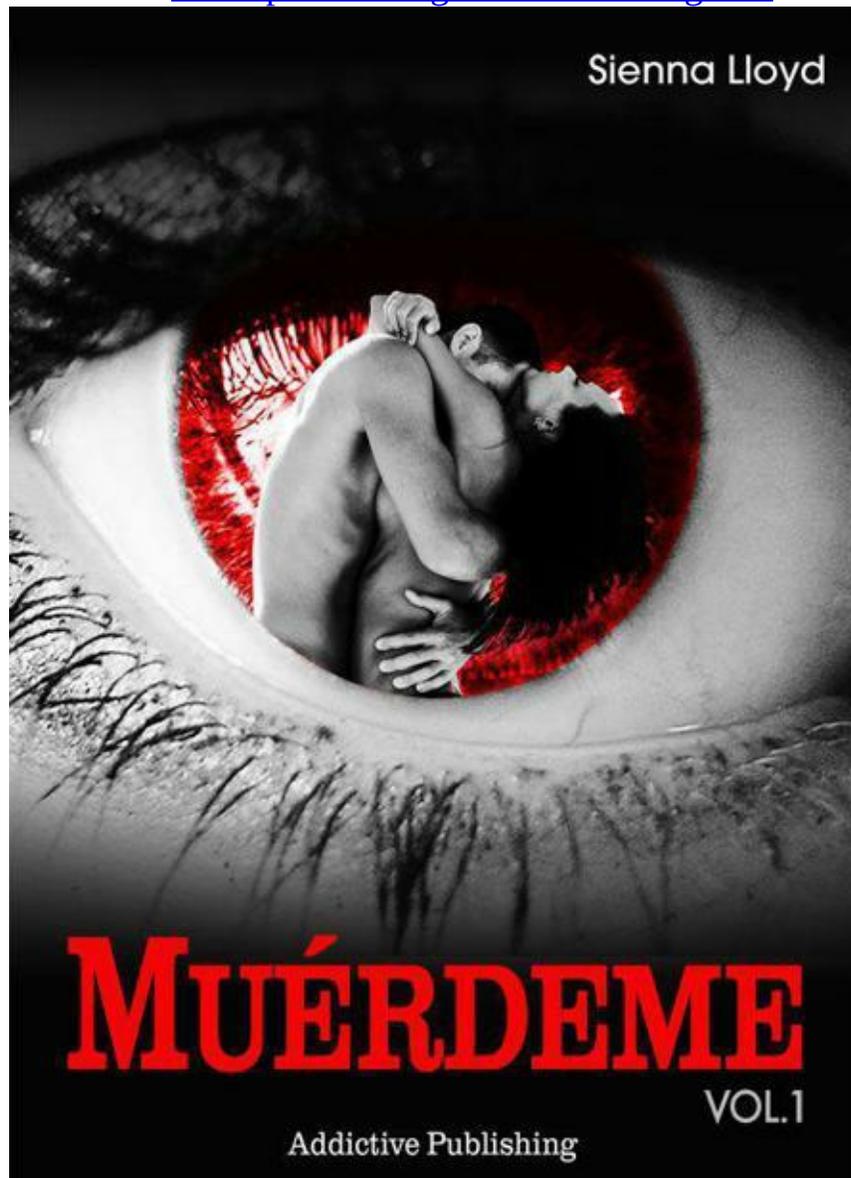
**TODA SUYA**  
*Volumen 1*

## En la biblioteca:

### **Muérdeme**

*Una relación sensual y fascinante, narrada con talento por Sienna Lloyd en un libro perturbador e inquietante, a medio camino entre Crepúsculo y Cincuenta sombras de Grey.*

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



Olivia Dean

**Suya, cuerpo y alma**

**Volumen 8**

## 1. Después de un revés, la tormenta

Escucho las llantas rechinar. Circulamos a menos de 85 km/h en la ciudad. En el auto me sacudo en todas direcciones, y mi cabeza no deja de dar vueltas. Intento inútilmente sostenerme de la manija de la portezuela. A cien metros, veo el semáforo en verde, ¡ruego por que pase a rojo! A la derecha, una chica sobre una motocicleta roja, lentes de sol y falda amplia floreada. En sentido contrario, un autobús sale de su parada y retoma la calzada. Esta muy apretado, ¡hay que bajar la velocidad! Siento el motor zumbar para incrustarse y forzar el paso entre los dos. Contengo el aliento. La motocicleta da un bandazo y la chica casi cae. El autobús frena en seco y los pasajeros se golpean contra los vidrios. Los cláxones aúllan, mientras nosotros nos deslizamos a toda velocidad por la brecha que se formó. ¡Pasamos! Siento al motor que zumba, al chofer que acelera su loca carrera. Aprieta las mandíbulas y hunde su pie en el acelerador. El sedán ruge. A treinta metros, la luz naranja en el semáforo. Veinte metros, la luz naranja. Diez metros, la luz roja... Los vehículos detenidos en el cruce se estremecen y vuelven a arrancar para avanzar abriéndonos el camino. ¡Vamos a pasarles por encima! El ciclista no mira. ¡No! Voltea la cabeza, grita. Se deja caer de su bicicleta. Nuestro auto ataca el cruce a 110 km/h. Grito por el terror. Un Twingo verde viene directo contra nosotros. ¡Frena en seco! Su placa de matrícula raya nuestro vehículo por todo el costado. El ruido de los dos metales rajándose me deshace los oídos.

Todo el habitáculo se estremece... ¡Un bache! Hemos pasado sobre algo... ¡El ciclista! ¿Dónde está? Me pego llena de pánico contra la ventanilla. Pasamos sobre su rueda delantera. El metal explotó y restos de sus neumáticos saltaron sobre el parabrisas del Twingo. La escena desaparece en un instante; ya nos alejamos.

Grito, enloquecida:

«¿Pero quiénes son ustedes?»

Silencio:

Grito:

«¿Quiénes son ustedes? ¿Porqué yo? ¿Qué fue lo que hice? ¡Respóndanme!»

Mi voz se quiebra. Los rusos me observan con una sonrisa socarrona. Las lágrimas suben, mi corazón explota. De repente, grito, me lanzo sobre uno de ellos. Con mis puños lo golpeo, lo golpeo lo más fuerte que puedo,

delante de mí. Tengo los ojos cerrados, no veo nada. En el rostro, en los ojos, en la nariz, más fuerte, golpeo por todas partes. Tengo la impresión de estar golpeando una almohada, ¡no le ocasiono ningún daño! El otro tipo se lanza sobre mí y me toma por las muñecas. Grito, lucho, doy patadas. Tengo zapatos con tacón. Les haré daño. Quiero que se detengan. ¡Déjenme! ¡Déjenme! El primer tipo trata de tomarme por los tobillos. Lucho, mis tacones lo golpean en la cabeza, en el rostro. Espero lastimarlo. ¡Más, más, más! Grito, me desgañito, estoy bañada en lágrimas. El otro, tomándome por las muñecas, pasa una pierna y se pone sobre mí a horcajadas para dominarme. Sus muslos poderosos me bloquean, pero trato de impedirlo. No dejo de moverme; me deslizo sobre el asiento posterior y logro liberarme. Me doy vuelta y me abalanzo sobre el chofer para tomarlo por la cabeza. ¡Pero me detienen en pleno lance! Me toman por el cabello y me jala hacia atrás con tanta fuerza que podrían arrancarme la cabeza. Grito todo lo que puedo, lloro, es estridente; el ruido parece hacer temblar el automóvil. Los tipos se hablan en ruso. El chofer estalla contra ellos. Les exige que me calmen. No logra conducir.

La tensión sube dentro del auto. En una fracción de segundo, los dos rusos se voltearon al mismo tiempo hacia el chofer para espetarle algo. Tomo entonces la hebilla del cinturón de seguridad, la levanto en todo lo alto detrás de mi cabeza y, con toda la fuerza que aún me queda, la hundo en el muslo del tipo al lado mío. Desgarro literalmente su pantalón y el metal penetra en su carne. Grita. Llevo esto lo más lejos que puedo. La hebilla está clavada en su carne. Agarro de mi bolso de mano el frasco de perfume que lanzo sobre el cráneo del tipo enfrente de mí. Rebota en la parte lateral, a la altura de su ceja. En el tiempo que se lleva la mano a su tímpano aprovecho para lanzarme sobre la manija de la portezuela y la abro. Vamos todavía a 100 km/h. El asfalto pasa a toda velocidad a veinte centímetros por debajo de mis pies. La portezuela se tambalea, se balancea y golpea los postes de la calle con un estrépito estruendoso. De repente, la portezuela golpea a un pasante, y al rebotar me golpea el cráneo.

Siento que algo pasa por mi garganta: ¡el cinturón de seguridad! Uno de mis captores lo pasó por encima de mi cabeza y me jala hacia atrás por el cuello sosteniendo los dos extremos de la correa. ¡Me estrangulan! ¡Tengo sangre sobre mi vestido! Gotea desde la hebilla que está metida en el muslo del tipo. Grito proyectando mi cabeza hacia atrás. ¡Bam! De lleno sobre el rostro. Siento el efecto de mi golpe. Fuerte. Resuena y me duele el

cráneo. Escuché algo crujir. Espero que sea su nariz. Vuelvo a buscar en mi bolso. Primera cosa que encuentro, mi lápiz labial. Me volteo súbitamente hacia el otro tipo y me lanzo sobre él. Me sostiene un brazo y la garganta. Con un golpe de la palma de mi mano tan fuerte como puedo le hundo el tubo en una fosa nasal. ¡Aúlla! Me libera. Me volteo hacia la portezuela, bañada en sudor y lágrimas... ¡Stop! Una mano poderosa me cubre la boca y la nariz. Huele muy fuerte. Cloroformo... Impotente... Quiero gritar... Mis miembros responden apenas, después se desmoronan.

Después nada.

\*\*\*

Lentamente mis ojos se abren. Parpadeo varias veces. Estoy completamente atontada. Tengo la impresión de haber sido drogada. Me cuesta trabajo ordenar mis ideas. Más ruidos; sonidos apagados; una sombra a mi lado; el cuarto es sombrío... No tengo fuerza... Me vuelvo a dormir.

Segunda tentativa: mis ojos se arriesgan a encontrar la luz. Parpadeo. Ha debido pasar algo de tiempo. Otros ruidos. Dulces. Sordos. Murmuros. Alguien habla. Escucho pronunciar mi nombre.

«¿... Cómo? ¿Hasta el viernes? Dice una voz de hombre con acento.

- No podemos dejarla antes. Es nuestro dinero. No hay por qué ser indulgente, le responde una voz de mujer que me parece conocida...

- ¡Pero a mí no me importa esta mujerzuela! Aquí está, te complací, la capturé. Ahora ya no es mi problema.

- Esta mujerzuela, como la llamas, llevará diamantes a tu charola.

- ¿Y después? Pregunta el hombre.

- Después te deshaces de ella.

- Tengo un amigo de infancia, tiene una red a la que podría venderla a un precio razonable. Pero en poco tiempo ya no será útil.

- Tenemos tiempo para pensarlo. Dos días.

-¡Shut! Creo que se está despertando.»

Efectivamente, esas últimas frases resuenan en mi espíritu aún brumoso. ¿Qué está pasando? Es una pesadilla. Estoy perdida. Mis ojos aún no están completamente abiertos y tiemblo de horror. Tengo frío. Me acurruco en posición fetal. Escucho a las personas abandonar el cuarto.

Una eternidad transcurre.

De repente, una voz gruesa retumba:

«¡Coma! »

Un ruido de cubiertos y un olor de comida. Me volteo, aterrorizada. Me incorporo, sentada, sobre la cama, espalda contra el muro, tan lejos como puedo de mi interlocutor. Sostengo las sábanas. ¡Estoy desnuda! ¿Cómo es eso posible? ¿Quién me desvistió? Siento como sube la náusea... El tipo de enfrente se da cuenta de mi molestia.

«Fue Anikeï quien te desvistió, dice secamente señalando un mastar cerca de la entrada. Quemamos tu ropa. No hay huellas.»

Anikeï, el mastar, con una pequeña venda sobre la nariz, es uno de los tipos del automóvil. El que me estranguló con el cinturón de seguridad. Sus bíceps son grandes como mi cabeza... Tiemblo al recordar todo lo que ha pasado. El que habló es un gran pelirrojo acribillado por tantas pecas. Es la primera vez que lo veo, parece ser bobo y cruel.

Bajo la sábana, paso mis manos sobre mi cuerpo. Verifico los golpes y los moretones. Estoy toda magullada. Mis muñecas, mi cintura, mis piernas están adoloridas. Me duele mucho el cráneo. ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? Y... ese tipo, que puso sus manos sobre mí para quitarme la ropa... El corazón se me congela. ¿Acaso me habrá...?

Reprimo esos pensamientos.

Al pie de la cama, un carrito con la charola de la comida. Por primera vez, miro a mi alrededor para comprender dónde estoy. Decididamente en un cuarto de hotel. Más bien lujoso. El gran pelirrojo fue a sentarse frente a la ventana. Cerrada. Anikeï se dirige a mí. Rostro firme y peligroso. Agarra algo sobre una silla y se aproxima. ¿Qué quiere de mí? Mientras avanza, me deslizo hacia atrás sobre la cama tanto como puedo hacia el muro. Estoy congelada. Está parado al borde de la cama. Él mira mi terror y veo que le gusta. Soy como un animal acorralado por un cazador.

Se agacha y me arranca violentamente la sábana.

«¡No! ¡Deténgase! »

Trato inútilmente de retomar la sábana.

«¡Déjeme! »

Estoy desnuda, impotente. Temblando de espanto, veo por debajo su gesto repugnante. Me observa detenidamente con un aire perverso. Siento sus ojos deslizarse sobre mi cuerpo, de la cabeza a los pies, Su mirada se detiene sobre mi pelvis... No lo puedo soportar. ¿Qué va a hacer conmigo?

Levanta el brazo y lanza sobre mi lo que había tomado en su mano. Un vestido. Contento con su efecto, da la vuelta y se coloca de nuevo cerca de la entrada. El pánico me hace sollozar. Me pongo el vestido. Es negro.

Demasiado grande. No tengo nada por debajo. Lentamente, me acerco a la charola de la comida. Tengo el estómago hecho nudos. Comer... pero, ¿después de todo lo que ha pasado?

Trato de poner en orden mis pensamientos. Las personas que escuché hablar hace un rato, en la orilla de mi cama... El hombre, no conocía su voz, pero la mujer... ¡Alice! ¡Es ella, es seguro! Y... ¿Y Charles? Un escalofrío me recorre la espalda pensando en él. ¿Habrá sido secuestrado también? ¿Le habrán hecho daño? ¿Qué hace entonces? Si está libre, ¿acaso me estará buscando? ¿Estará muy preocupado? Y además, ¿cómo Charles podría estar ligado a mafiosos rusos? Y sobre todo, ¿cómo es posible que Alice y Guillaume lo estén? Escuché perfectamente a los hombres de negro pronunciar sus nombres en el auto...

Sin haber tocado mi plato, me levanto temerosamente y me dirijo hacia el baño. No levanto los ojos de la alfombra. Llegada a la puerta, me encierro. ¿Un instante de respiro? Abro el grifo de la bañera y cierro los ojos tratando de no pensar en nada.

De repente, mis pensamientos son cortados: ¡golpean fuertemente la puerta del baño! ¡No! ¡No ahora!

«¿Qué es lo que... qué pasa? Me atrevo a decir tímidamente.

- Tiene que salir, dice la voz gruesa de Anikeï con su acento eslavo tan marcado.

- Espere... No he terminado.

- No importa, ¡tiene que salir ahora! Me grita.

- Pero... Ni siquiera estoy presentable, yo...

- ¡Se acabó! Póngase rápidamente cualquier cosa, no importa qué; ¿se cree usted superior para hacernos esperar así? ¡Apúrese o seré yo quien abra!

-Sí, ya voy. Yo... Yo... Deme treinta segundos.

- Estoy contando.»

Me pongo rápidamente la bata que está en el colgador. Anikeï se desespera: martillea la puerta con sus golpes. Ésta tiembla e incluso cruje.

«¡Dimitri ya se hartó de esperarla! Abriré a la fuerza.

- ¡No, no, no! Espere, ya termino...»

Corro hacia el picaporte y doy vuelta a la cerradura precipitadamente.

*¡¿Quién es Dimitri? ¿Qué me espera detrás de esa puerta?!*

## 2. ¿Qué otra cosa?

Tan pronto como giré la cerradura, la puerta se abre violentamente hacia mí. Salté hacia atrás para evitar el golpe, pero la puerta me golpeó en la cara. Lloro. Me llevé la mano a la cabeza. Sé que Anikeï lo hizo a propósito. Él disfruta con la crueldad.

Pero de inmediato otra voz:

«¡Anikeï! ¡Calma tus nervios! Estas formas no son dignas de nosotros. No estamos en Moscú, en el barrio de tu madre.»

Anikeï se congela al instante. Se vuelve y camina lentamente con toda calma a su lugar habitual, frente a la puerta principal. Se pasa la mano por la boca y la barbilla, y luego, sin pensar, deja colgar sus brazos y vuelve a tomar su rostro impassible de rinoceronte. El hombre frente a mí debe ser temible ya que el bruto de Anikeï no rechista frente a él. Mentalmente me doy cuenta que él no le habló en ruso, pero en francés... Exprés. Para que yo comprenda y también me de cuenta quien tiene el poder aquí. Mis ojos se apartan de Anikeï para centrarme en mi nuevo interlocutor. La habitación está a oscuras y la única luz proviene del baño detrás de mí.

El tipo frente a mí es más o menos de mi tamaño. Más bien delgado, pero no endeble. Tiene los pómulos prominentes y ojos almendrados oscuros y melancólicos. Su boca es muy delgada y larga, como una larga línea dibujada. Treinta y cinco años seguramente. Camisa italiana impresa con mancuernas bling-bling. Reloj muy llamativo también. Pantalones de lino y mocasines de gamuza. El contraste es total entre el traje casual y su rostro siniestro.

Me mira con un aire frío e inquietante. Allí reina un silencio particularmente incómodo mientras nos miramos así, él vestido muy elegantemente, yo con una bata, en este cuarto de hotel de ventanas cerradas, con Anikeï y el gran pelirrojo.

Trato de entender:

«Yo... yo... Mons...

- Deje, señorita.»

Me interrumpió con sequedad, y entiendo que la discusión será más bien de un solo lado.

Me agarra por la muñeca y tira de mí hacia él con una sacudida. Él es muy fuerte a pesar de su tamaño. No puedo reprimir un grito. La solapa derecha de mi bata se desliza por el brazo para revelar mi hombro. Estoy

respirando con fuerza, con los ojos muy abiertos, congelada por el miedo.

«No se preocupe, señorita Maugham, no quiero hacerle daño. Al menos no por ahora. La necesito. Primero vamos a tratar su herida, usted ensucia con sangre por todas partes...

- ¿Qué... qué? ¿De qué está hablando? ¿Qué... Qué herida?»

Mientras me sostenía con una mano, levanta la otra y pasa el dorso de sus dedos contra mi sien.

«Su arcada señorita Maugham. Su ceja. Está sangrando.»

Luego regresa hacia él sus dedos perlados con gotas de mi sangre y los lleva a su boca para lamerlos.

Con horror, jalo violentamente el brazo para liberarlo. Mala suerte, me sostiene firmemente y no puedo moverme. Salvo que la sacudida hizo deslizar la otra solapa de mi bata a mitad del brazo. Mis hombros están desnudos y siento la bata, que ya no se sostiene, deslizarse imperceptiblemente hacia abajo. Rápidamente, con un gesto de mi mano trato de levantar mi ropa, pero el movimiento actúa en mi contra: Antes de que pueda tomar nada, la bata cae al suelo... me encuentro frente a mi desconocido, semidesnuda, unas bragas para esconder mi sexo y una mezcla de terror y humillación en los ojos.

Mi invitado no parecía estar perturbado en lo absoluto. Veo sus ojos bajar y mirar serenamente mi pecho así expuesto. Un seno, luego el otro. Un segundo, y afloja su agarre alrededor de mi muñeca. Me agaché para levantar rápidamente la bata y cubrirme. Tropiezo y me sostengo de lo que puedo. La bata de baño está en el suelo y los tres hombres me miran volcarme lastimosamente, casi a gatas, bragas al aire, buscando con qué vestirme. Mis ojos se llenan de lágrimas. Me muevo sin pensar. Mis acciones son automáticas. Me acerco al armario; me dirijo al baño. Los tipos parecen complacerse cruelmente observándome disminuida de esta forma, casi desnuda, de rodillas en el suelo, tratando de encontrar mi camino como un insecto frenético. Agarro todo lo que cae en mis manos; lo aprieto contra mí, y luego voy hacia el baño para cambiarme. Justo antes de azotar la puerta detrás de mí, puedo sentir los ojos de los hombres en mis nalgas a través de mis bragas.

Estoy llorando en el baño. Tengo miedo de que me toquen, tengo miedo de lo que me van a hacer... *Charles, ¿dónde estás? ¿Por qué no vienes en mi ayuda?*

Rápidamente me pongo lo que encontré. Al atar el cinturón alrededor de

mi vestido, paso frente al espejo y me detengo. Paso mis dedos sobre la herida. Está abierta y sangra. Afortunadamente, el dolor es soportable. Busco en los armarios y encuentro algodón. Con éste cubro la herida. Funcionará por el momento. Suspiro con fuerza y observo mi cara en el espejo. Tengo que volver a salir ahora. Rápido. ¿Y qué hace Charles en este momento? ¡Ayúdame Charles! ¡Ven!

Giro el picaporte y me encuentro de nuevo en la habitación.

En la entrada Anikeï no movió ni un músculo. El gran pelirrojo, todavía frente a la ventana. Mi desconocido, por su parte, se trasladó a la pequeña mesa donde cenaba tranquilamente la comida que era para mí.

«Es excelente, ¿ya sabe, señorita Maugham? El chef de este palacio acaba de ganar una segunda estrella en la guía Michelin... ¡Hace realmente maravillas! ¡Qué triste que sea tan snob frente a tanto talento! ¡Este pollo está cocinado a la perfección! Lástima que se haya enfriado. Ah, yo no llevo una vida fácil... Comer algunas sobras frías en el camino... ¡Cómo la envidia! Mimada por nosotros en este pequeño capullo de lujo... No, en serio, espero que aprecie en su justo valor estas condiciones particularmente... ¿deliciosas, diríamos?»

Estoy paralizada. Esto no puede ser verdad, se trata de un mal sueño. Me gustaría echarme a sus pies para implorar, pero mi cuerpo no reacciona.

«¿Quién... quién es usted? ¿Qué quiere de mí? ¡Déjeme en paz! Yo no hice nada...»

Murmuré. Quisiera correr... pero ¿a dónde?

«Pero que descuidado, señorita Maugham! De hecho, espero pueda perdonar esta terrible negligencia.»

Se levanta y viene a mí, tendiéndome la mano, con una sonrisa socarrona en su rostro.

- Dimitri, encantado de conocerla.»

Su mano se queda extendida sin respuesta. Deja de sonreír. Entonces, al tiempo que se saca algo de entre los dientes con la punta de su uña:

«¿Sería tan amable de compartir mi mesa, señorita Maugham?»

Dimitri hizo un gesto con la mano para Anikeï que va hacia el teléfono. Anikeï murmura algo en el auricular y cuelga. Regresa tranquilamente a su lugar. Hay que esperar al groom del hotel.

El tiempo se ha detenido. Reina un silencio helado en la habitación. Estoy sentada frente a Dimitri, y nuestras miradas están fijas, inmóviles. Eso es todo, escucho el reloj en la habitación. Tic, tac, tic, tac... Trabaja

todo el tiempo, pero es en estos momentos que puede escucharse su maquinaria. Pareciera que el sonido de sus manecillas aumentara cada vez más fuerte, que no hay otro ruido y que éste llena la habitación haciendo retumbar sus muros, pareciera que es necesario gritar para poder escucharse. Me hace vibrar el cráneo. Tic, tac, tic, tac...

Pequeños chillidos del carrito de servicio en el pasillo y discreto golpe en la puerta. El groom entra con timidez. Dimitri le lanza:

«¡Oh, Antoine! ¡Qué placer verle otra vez en cada uno de mis viajes a París! ¡Usted es un ejemplo del buen servicio *a la francesa!* Vamos, acérquese. Ponga la máquina allí. Bien, gracias. Ah, le presento a una nueva amiga: Emma Maugham. Seguramente se la encontrara por ahí, creo.»

Antoine parece bastante avergonzado por la situación y la familiaridad de Dimitri. Él me dirige una sonrisa amable.

«Gracias, Antoine. Puede pasar a recoger su máquina en una hora.»

*¿Máquina? ¿De qué máquina habla?*

Anikeï acompaña apresuradamente al joven groom empujándolo por la espalda y poniéndole un billete en su mano. Él cierra la puerta.

«Ahora que estamos a nuestras anchas, señorita Maugham, es momento de que tengamos una pequeña conversación.»

Me hace una señal para que me siente en la silla de madera al lado de la mesa. Obedezco. El gran pelirrojo jala el carrito de servicio y lo pone delante de mí. ¡De repente, me agarra las manos! Anikeï pasa una cuerda a mi alrededor y ata mis brazos detrás de la espalda de la silla. Estoy aterrorizada, tengo ganas de gritar, pero me amordazan en seguida. Llora todo lo que puedo con mi mordaza, pero solo produzco un sonido débil. Me ahogo con esa tela. Agarran mis tobillos. Me separan las piernas y la cuerda la amarran a las patas de la silla. Estoy totalmente inmovilizada. Dimitri miró la escena, estático y hastiado. Ni siquiera se tardaron veinte segundos.

En el carrito hay una computadora portátil. Dimitri lanza Skype. Pero, ¿qué quieren que haga? ¿Qué van a hacer conmigo? Gotas de sudor se deslizan por mis sienes. Mis ojos están bien abiertos al extremo. Incluso mis lágrimas se secan con el miedo.

El software está listo. Dos usuarios se conectan. La pantalla se divide en tres. A izquierda y derecha de la pantalla, dos grandes cuadrados negros. En la parte inferior, me veo filmada por la cámara de la computadora.

Estoy horrorizada al verme atada de esa manera. Parezco un rehén como se pueden ver en el periódico. Sólo que ahora es mi turno para estar en el otro lado de la pantalla... Trago saliva, pero las náuseas aumentan.

El recuadro de la izquierda se enciende. ¡Alice! Muestra un rostro frío, cansado. El recuadro de la derecha se enciende a su vez: ¡Charles! ¡Por fin! ¡Ven! Grito, aúllo, lucho. Quiero hablar con él. Que venga a salvarme. Pero sólo logro producir unos gemidos sordos, mi mordaza se llena de saliva. La silla, por su parte, no se mueve ni un centímetro.

Charles se ve lívido. Este es mi ángel salvador, lo sé... Me vio, eso es todo. Lo veo contraer la mandíbula y abrir los ojos desorbitadamente. Alcanza a decir:

«Emma...»

Alice le lanza

«Charles, estoy encantada de volver a verte. Es cierto que es un poco frío, vernos a través de una computadora, pero es tan cordial como la última vez que me recibiste, ¿no es así? Así que no creo que te moleste.

- Alice, ¿qué hiciste? Te prohíbo tocarle siquiera un cabello a Emma.

- ¡Ja, ja! No te preocupes, Charles, no le haré nada en absoluto. No es mi estilo. Tengo gente que hace eso por mí.»

En ese momento, Anikeï acerca un cigarrillo encendido a mi herida en la cabeza y lo aplasta brutalmente contra mí. Grito de dolor. El sonido sale todo lo que puede a través de la mordaza. Me retuerzo. El dolor disminuye.

Estoy agotada. Veo el rostro de Charles crispado, los ojos enrojecidos.

«Alice, detén esta tortura inmediatamente, ella no hizo nada. Eres una cobarde por atacarla a ella. Ven por mí si realmente te atreves.

- ¿Cobarde, yo? Dicho por alguien que aprovecha mi ausencia para acostarse con jovencitas que pasan por su estudio, es bastante divertido, Charles, bastante divertido. Pero no te preocupes, te haré pagar por todos estos años que pasé, pudriéndome, en ese hospital psiquiátrico.

- Alice, lo que te pasó sólo tú lo provocaste, yo no hi...

- ¡Detente, Charles! Alice grita. Deja de hablar. Ahora sólo escucha. Y vas a obedecer. Sé que lo vas a hacer porque no tienes otra opción. Te lo acabo de demostrar.»

Entonces Anikeï vuelve sobre mí. Tiene un cuchillo en la mano. Todo mi cuerpo tiembla. Tengo los ojos desorbitados por el terror. Con la hoja del cuchillo, acaricia mis muslos separados y la hace subir por el faldón de mi falda. Con una mano, saca el resorte de mis bragas y lo corta de un sólo

golpe. Jala la tela con un golpe seco y lanza mis bragas a un rincón de la habitación. No puedo hacer nada, inmovilizada, amordazada, con las manos y las piernas abiertas, atada a la silla.

«¡Detén eso ahora Alice! ¡Haré lo que quieras!

- Ah, Charles, eres razonable. Realmente, ¡qué placer! Te voy a enviar un pequeño mensaje con los detalles de mis deseos. Al detalle. Hasta pronto, cariño. Besos, besos.»

Y lanza un beso hacia la cámara. Entonces, de repente, su recuadro en la conversación se cierra al mismo tiempo que el de Charles.

Estoy hecha polvo. Inerte.

Dimitri cierra la computadora. No se dejó ver ni una vez por la cámara. ¿Él se esconde? ¿Cuál es su papel en todo esto? Anikeï y el gran pelirrojo me desatan y bajan mi vestido. Pequeños golpes en la puerta... Se trata de Antoine, el groom. Volvió por su carrito de servicio. Obviamente, una computadora de servicio del hotel es más discreta...

Lanza pequeñas sonrisas a todo el mundo. El gran pelirrojo se sienta en su silla habitual. Anikeï y Dimitri se alejan junto a la mesa, en el otro lado, y comienzan una conversación en voz baja en ruso. No miran ni una sola vez al groom mientras él enrolla los cables. Me levanto, tambaleante. Estoy de pie entre la cama y la puerta. A dos metros, la puerta abierta. Los rusos están distraídos. ¿Tendré el valor? ¿Y si fuera este el momento? La decisión se toma en una fracción de segundo. ¡Salto a la apertura y me deslizo en el pasillo! ¡*Libertad!*

### 3. Niña frívola

¡Corro descalza, la mayor carrera de mi vida! Detrás de mí, escucho gritos en ruso. ¡Se lanzan en mi persecución! Tengo sólo unos pocos metros por delante y nunca he sido una gran atleta. En mi carrera, las luces de la pared parecen parpadear. ¡*Dos groom!* Zigzagueo entre los carritos de servicio. *Unos clientes con equipaje; ¡rápido!* Salto por encima de sus valijas. Todos están sorprendidos por esta agitación en este lugar tan apacible. Al final del pasillo, los ascensores. Sólo a unos tres metros, a condición de que llegue pronto... Emma, ¡salta sobre el botón! Tengo suerte, ¡las puertas se abren justamente en ese instante! Una criada sale, empujando un pesado cubo de lavandería. Me pongo en la parte posterior de la cabina, rápido oprimo sobre los botones del interior del ascensor. ¡Ciérrate! ¡Ciérrate, rápido! Levanto la mirada. ¡Ya vienen! Anikeï y el pelirrojo. Un tipo de la seguridad del hotel llegó y detuvo al pelirrojo en su carrera. Éste trata de escapar, pero otros dos tipos de seguridad llegan para dominarlo. ¡Pero Anikeï se escapó de sus manos! Llega a donde estoy. Con su fuerza me atraparé... ¡Pero cojea! Por supuesto, es la herida que le hice dentro del auto. Esta es la razón por la que Anikeï me odia. Las puertas se cierran en el momento en que él se lanza sobre ellas con tal fuerza que hace temblar las paredes.

Yo no sé a dónde me lleva el ascensor. Parece bajar, bajar. No lo entiendo, ¿por qué tan abajo? Las puertas se abren finalmente. Por supuesto, ¡es un ascensor de servicio! Me encuentro en la cocina del hotel. Prevalece una agitación frenética. Hay gritos por todas partes y todo el mundo está ocupado en un frenesí de hormiguero. Incluso yo, sin bata y descalza, paso desapercibida. Corro para cruzar la cocina buscando desesperadamente la salida. Me abalanzo sobre las puertas de vaivén; meseros, detrás, charolas llenas sobre sus manos reciben las hojas de la puerta en plena cara. Ellos gritan. Los platos y cubiertos caen y se rompen con un estrépito ensordecedor. La comida se esparce por todos lados y les quema las manos. Se levantan y se lanzan a mi persecución. ¡Oh no! No hay tiempo para nada, continuo mi carrera desenfrenada. Veo al personal de seguridad del hotel al final del pasillo. Rápidamente, me dirijo a la izquierda. De repente, una mano me agarra del brazo. Grito. Me doy vuelta. Veo a un uniformado de seguridad. Le grito:

«¡No, por favor, señor, por favor, déjeme ir, soy una rehén! ¡Me hacen

daño! ¡Me golpean! Sálveme, sálveme. Ellos son rusos, ayúdeme, se lo suplico.»

De repente, sus ojos se cierran y se tambalea. Cayó al suelo, aturdido. Detrás Anikeï, sonriendo, me toma por las muñecas. Levanto mi cabeza hacia atrás, hacia el techo: un rostro salpicado de pecas. Una tela sobre la boca y la nariz... Cloroformo... Una vez más... No... Este es el final...

\*\*\*

Abro los ojos. Estoy desnuda en la tina del baño de la habitación. De nuevo me han desvestido. Al parecer, queman la ropa puesto que ya me han visto usarla... Me levanto penosamente. Me pongo de nuevo una bata de baño y me dirijo a la habitación.

El camino está bloqueado... Dos tipos hacen guardia en la puerta. Al parecer no quieren una segunda escapada. No son ni Anikeï ni el gran pelirrojo. En su lugar, dos hombres de negro. Estos son los otros dos hombres que estaban en el auto. Un viejo arrugado con mirada de demente - es en su nariz que hundí el tubo de lápiz labial - y al lado aquel que era el chofer: un tipo de pelo largo oscuro, tatuado por todas partes. En su cuello está escrito en letras góticas el nombre de "Louka".

Él, curiosamente, me sonrío cortésmente, discreto. ¿Un destello de humanidad en un mundo cruel?

Ellos me abren paso. Entro en la habitación. Mis ojos vagan en la penumbra. Y allí, frente a mí, una silueta. Sentada, de espaldas, en mi cama y sobre las sábanas deshechas en la noche. La persona está a contraluz, por lo que no distingo bien a mi interlocutor.

«Sus sábanas huelen maravillosamente bien, Emma.»

Su mano acaricia el colchón.

«Tienen el aroma de su perfume, pero sobre todo, tiene el olor de... usted. De su hermoso cabello castaño. De su cuerpo, de su piel y de su feminidad irresistible.»

Estoy sorprendida. Completamente inmóvil, helada hasta lo más profundo de mi ser...

«Entiendo muy bien cómo Charles sucumbió a sus encantos. Él tiene un lado débil. Un poco adolescente que se enamora fácilmente de una chica un poco niña como usted. ¡Lo conozco tan bien!»

Es Alice. Su voz grave y ronca me pone aún más nerviosa. Esta dulzura fingida hace que entre en mí el pánico.

«Señora Duval, yo...

- ¡Oh, Emma! Por favor. No entre nosotros. Llámeme Alice.

- Alice, yo... yo no sé qué...

- ¡Por supuesto, Emma, que no sabe qué decir ni qué hacer! Usted es una criatura, Emma, una joven que todavía tiene mucho que aprender. ¡Y Charles enamorándose de usted! Espero que no se ilusione demasiado, Emma. Cómo soñamos despiertos a su edad... ¡Se habrá imaginado usted ya como pareja de Charles Delmonte! Ja, ja, ja... ¡Qué imagen! Eres tan linda, tan inocente. Y tan estúpida.»

Estoy aterrorizada y confundida.

Alice se levanta delicadamente. Ella acomoda su falda entallada con un gesto en las caderas, pasa sus dedos a lo largo del cuello de su blusa de seda blanca, y rodea la cama para ponerse delante de mí. Jamás habíamos estado tan cerca. Su mirada negra y profunda me hipnotiza. Me siento ridícula en mi bata de baño de color rosa bordado con los colores del hotel.

«Bueno, Emma, ¿qué tanto le puede gustar a Charles? ¡Es un enigma! Veamos con más atención para comprender este misterio.»

Alice levanta los brazos y quita el pelo de mi cara. Estoy inmóvil. Siento sus dedos en mis sienes.

«Una cara bonita, Emma. Es verdad. Oh, por supuesto, no es muy elegante. Un poco... ¿rural acaso? ¿Qué piensa usted?»

Tiemblo. Estoy congelada. Ahora entiendo por qué Charles estaba completamente inmóvil el otro día en su apartamento. ¡Esta mujer es una bruja!

Y continúa:

«Ah, y esta pequeña bata, ¡cómo le favorece! Se ve muy bien. ¡El rosa le va perfectamente a su tez! ¡Y qué corte!»

Su sonrisa socarrona me da náuseas. Sólo quiero gritar y empujarla para huir. Veo a Louka con el rabillo del ojo, en la entrada, mirada lejana, perfectamente indiferente a la situación. Alice suelta mi cabello y baja los brazos.

«Obviamente, Emma, Charles no es del tipo que se conforma con una bata.»

De repente, Alice agarró el cinturón de la bata tirando de los extremos, la tela rosa se separa de golpe. Alice agarra el cuello y lo lanza al suelo. Estoy sorprendida, muda y petrificada. Me encuentro completamente desnuda delante de Alice, en esta habitación de hotel. No puede reprimir una sonrisa de satisfacción. Ella, mujer fuerte, ricamente ataviada. Yo, la

niña frívola, amante de su marido, prisionera y ridícula, desnuda frente a ella. Veo en sus ojos que se deleita en la venganza.

«Oh, no se avergüence delante de mí, Emma. Compartimos el mismo hombre. ¿No nos hace eso... hermanas de alguna manera?»

*¡No Alice, no!*

Ella continúa estudiándome con la mirada:

«¡Oh, pero mire esos senos pequeños tan bonitos! ¡Y esas caderas bien formadas! ¡El señor sabe lo que hace! ¡Qué hermosa piel de melocotón! ¡Y esas largas piernas! Esos muslos... Y ese sexo, tan acogedor... Ese sexo...»

Ella se acerca aún más a mí.

«Charles tenía que adorar este sexo, Emma, ¿no es así? Además, ¿no es cierto que la ve a usted por este sexo a escondidas?»

Ahora está tan cerca de mi cara que puedo sentir su aliento en mis labios. Mis pies están clavados a la tierra, estoy absolutamente pasmada. Su mirada me aplasta. Estoy totalmente impotente. Su boca se acerca poco a poco a la mía y pone sus labios en los míos. Ella me besa. Suave y sensualmente. Ella cierra los ojos por un momento. Ella quiere aplastarme, me quiere destruir, me quiere poseer, y la marca roja dejada en mis labios sella para ella un acto de victoria y propiedad.

Entonces, de repente, se da la vuelta, camina rápidamente por la habitación y va a sentarse a la pequeña mesa. Enciende la lámpara que está sobre ella. Ha cambiado totalmente su actitud en un instante. Quería jugar conmigo y ganó. Ahora pasa a otra cosa. Este cambio repentino me despierta y me precipito hacia el armario, de donde saco un par de jeans y una blusa de color negro con lunares blancos. Me visto de prisa mientras que Alice tiene sus ojos sobre el texto de varios documentos.

«Emma, tengo unos papeles aquí que podrían interesarle. Se trata más bien de un contrato. Voy a ser lo más clara posible, Emma. Siento que tengo que hablar simplemente para que lo entienda. Me cae bien, usted sabe. ¡Incluso estoy segura de que podríamos llegar a ser amigas de verdad! En fin, cada una por su lado, pero su compañía podría resultarme agradable a veces, si, si. Resumiendo, he aquí los términos del contrato: renuncie a Charles. Niéguese a verlo. Por siempre. Por supuesto, usted tendrá una pequeña recompensa a cambio: esta suma.»

Me muestra un pedazo de papel con una cifra que contiene varios ceros.

Y continúa:

«Como usted sabe, que de cualquier forma su relación está condenada al

fracaso, me parece particularmente interesante la propuesta que le hago. ¡Creo que tiene suerte, Emma! ¡Truncar una relación errada, llevarse un buen cheque en el bolsillo y tener una simpática y nueva mejor amiga! Este es un buen comienzo en la vida, ¿no le parece?»

Toma una pluma.

«Aquí, firme aquí abajo.»

No me muevo.

«No importa, Emma, no es útil contar con su firma real. Contamos con profesionales que la falsificarán perfectamente.»

*¡Esta mujer está completamente loca!*

En ese momento, un pequeño golpe se escucha en la puerta. Louka abre suavemente. Dimitri entra en la habitación. Al ver a Alice, sonrío abiertamente, se acerca a ella y le besa la mano.

«Hola Alice, querida. Usted esta especialmente hermosa el día de hoy.»

Luego, después de haberme mirado de arriba abajo:

«¿La señorita Maugham ha firmado ya el contrato?»

Estoy totalmente indignada por esta escena. Me convertí en un objeto. Ya ni siquiera me saludan. No me hablan. Se habla de mí en tercera persona. Me compran, me intercambian. Alice responde:

«Todavía no. La niña estaba a punto de hacerlo.

- Formidable, responde Dimitri. ¿Le mencionó claramente todas las cláusulas?

- Sí, sí.

- ¿También la última cláusula, la de matrimonio?

- Todavía no, pero creo que estará más que contenta de saberse prometida a un partido así.»

*¿Un partido así? Pero, ¿de qué y de quién están hablando? ¿Quieren obligarme a casarme?*

Dimitri continúa:

«Es cierto que su sobrino Guillaume es un chico encantador. ¡Qué suerte tiene, señorita Emma, qué suerte! Está usted tan solicitada... se le da tanto valor. Tanto que a los ojos del señor Delmonte usted bien vale unos diamantes azules.

- ¿Diamantes azules?»

Otra vez esta historia de los diamantes. Los que Charles me regaló. Todos los diamantes tienen documentos de identidad, ¿no? No lo entiendo, estos tipos no parecen ser vulgares ladrones... Y Charles no me regaló

diamantes robados, no es posible. Todos estos pensamientos son confusos en mi cabeza y me pongo a temblar y a perder mis fuerzas. Dimitri se da cuenta. Y continúa:

«Entiendo que usted conoce a las hermanas Petrovska.

- ¿Las hermanas Petrovska...?»

¿Por qué me está hablando de las Petrovska? Estoy perdida.

«Las famosas escultoras.

- Eh... sí, pero sólo... Muy poco, en fin, me las he encontrado. Pero ¿por qué...? Fue más bien algo breve, no tengo su número de teléfono, si es eso lo que quiere...»

Dimitri ríe francamente.

«No, no, señorita Maugham. Nada de eso. Seguro que conoce el MIAC, ¿el Museo Internacional de Arte Contemporáneo?

- Sí...

- Bueno, ahí expondrán las hermanas Petrovska. La inauguración tendrá lugar mañana por la noche.

- Y... ¿qué tiene esto que ver conmigo?

- Habrá mucha gente en esta inauguración, señorita Maugham. Mucha gente bonita. Parece que incluso el famoso Charles Delmonte nos deleitará con su presencia.»

Tiemblo. Yo no sé de dónde quiere llegar. Dimitri continúa:

«Y en medio de toda esta multitud será el lugar ideal para un intercambio discreto. Una persona contra los diamantes. Quiero ser muy claro, señorita Maugham. Usted es nuestro rehén y nuestra moneda de cambio por las joyas preciosas que el señor Delmonte traerá.»

Me muestro sorprendida, pero también estoy un poco aliviada. Es una historia de mucho dinero. Charles entregará los diamantes y mañana por la noche finalmente me podré reunir con él, en mi cama, libre...

Esto me da la fuerza para responder:

«Voy a estar contenta de no volver a verle, Dimitri.

- ¡Ja, ja, ja! ¡Qué humor! ¡Es usted formidable! Pero veamos, ¿no hay muchos como el señor Delmonte para creer que realmente vamos a entregarla, señorita Maugham! Verá usted, nosotros somos el tipo de personas que les gusta tener - ¿cómo se dice en español? - "queremos el oro y el moro." Tengo el placer de anunciarle que va a vernos mucho en el tiempo por venir. Debería ponerse como Guillaume, desde ahora, a aprender nuestra hermosa lengua rusa. Ya verá usted, está llena de bellezas

insospechadas.»

## 4. Señorita Diamante Azul

El ballet de los meseros está al máximo. Visto desde arriba, las charolas redondas sobrecargadas de copas de champaña parecen tantas canicas rodando en todos los sentidos entre la multitud compacta de cráneos. Los vestidos de noche de gala y los smokings negros contrastan con las bellas telas coloreadas de las damas y los excéntricos.

El salón es absolutamente grandioso. El techo es tan alto ¡que se creería poder colocar un pequeño inmueble dentro! Los muros están hechos de inmensas paredes de vidrio a través de las cuales se pueden distinguir las luces de la ciudad. En efecto, nos encontramos en el último piso del edificio, y la relumbrante capital se ofrece a nuestras pupilas. El conjunto es magnífico. Estoy todavía en lo alto de la gran escalera, un poco alejada de la agitación, pero no me pierdo ni un sólo detalle.

La apertura de la exposición de las hermanas Petrovska es muy impresionante. No me daba cuenta de su celebridad. Visiblemente, las obras de las hermanas atraen la alta sociedad. Pero.... Si, ¡creo reconocer bien al ministro de Cultura, cerca de las ventanas! Y ¿No es Julien Fichet, el presentador de televisión, quien le habla? Y claro, las hermanas Petrovska, las estrellas de la noche, en el grupo. Con la mirada busco a Charles. Nada. Demasiada gente, demasiadas luces diferentes y de colores recargados. El murmullo del ambiente es ensordecedor. El tintineo de las copas genera un bullicio aturdidor y el calor denso de los cuerpos sube hasta el escalón donde me encuentro.

Antes de venir, me ordenaron deslizarme en un magnifico vestido de noche de firma Dior. Completamente azul llega justo por encima de las rodillas y termina por detrás en una cola, en una tela ligera y suave. Una banda ancha como cinturón me envuelve la cintura. La parte alta del vestido es un corpiño bordado y con lentejuelas abriendo un grandísimo escote. Me pusieron un collar de madera y perlas, y unos aretes que combinan. El peinado lo realizó el estilista habitual del palacio. Me levantó el cabello en un moño dejando algunas mechass en desorden. Mis pies están muy cómodos como si llevara zapatillas en unos tacones enormes de marca Louboutin.

Básicamente, me vistieron, maquillaron y engalanaron como una muñeca. No soy más que una cosa, que un objeto ante los ojos de Dimitri y Alice. Pero un objeto que tiene valor. Incluso de un grandísimo valor. ¡Tan

valioso como unos diamantes azules!

*No me dejaré controlar... ¡Es la calma antes de la tempestad!*

Me encuentro con Dimitri, Louka y *El señor pelirrojo*. Sé que Anikei y el viejo rugoso están igualmente presentes en alguna parte de la sala. Invisibles por el momento. Dimitri lleva un smoking que lo hace especialmente elegante. Él igualmente puede tener estilo cuando quiere. Esperamos en nuestro pequeño trecho. Yo no sé bien lo que nos espera. Una luz verde, pero no sé muy bien de qué ni de quién. La tensión aumenta progresivamente. Aún no encuentro a Charles con la vista y la espera es causa de estrés. Empiezo a temblar, la piel de gallina eriza mi piel. Dimitri se da cuenta:

«No esté tan tensa, señorita Emma. La veo respirar fuerte. En consecuencia su pecho se infla y casi sale de su magnífico escote. Sería inoportuno encontrarse en una situación vergonzosa, aquí, en tan buena compañía, con todos estos paparazzis. No se preocupe. Todo saldrá muy bien sin dificultades. Exactamente como lo he previsto. Es siempre el caso.»

Estoy sin aliento por su insolencia. Su mirada de perverso sobre mi pecho me paraliza. Tengo miedo, pero me ayudo del ambiente para reponerme.

*¡Tú no pierdes nada por esperar!*

Louka se agita repentinamente. Debió recibir una señal. Ha hecho una ligera seña con la cabeza a Dimitri. Este se desplaza en un segundo hacia mí y coloca su brazo en mi codo, como caballero galante:

«Aquí estamos juntos, señorita Emma. Es nuestro turno de entrar en escena. Acuérdesse bien de todo lo que pude decirle. Esta vigilada desde todos los rincones. El mínimo gesto inoportuno y nos encargaremos de usted. Una muchacha tan bonita, sería una lástima de arruinarla, ¿no es así?»

Nos acercamos a las escaleras. Bajamos el primer escalón. El ruido y el calor de la multitud se hacen más fuertes. Poco a poco, escalón por escalón. Dimitri me acompaña como caballero oficial. Los invitados levantan la cabeza, parecen muy impresionados de la pareja tan glamorosa. Cruzamos algunas personas que suben la escalera, a quienes Dimitri saluda calurosamente. Parece muy simpático en este ambiente mundano. Si ellos supieran...

Mis pies se apoyan cada vez más suavemente sobre los escalones. Siento

la tensión aumentar en mí... mis oídos zumban. Estuve a punto de caer con mis tacones-zancos, pero Dimitri me sujeta firmemente. Siento su puño enérgico apretarme en seco. Le hago una fuerte señal con la mirada. Me sonrío de manera cordial y afloja un poco su mano. Antes del último escalón; último escalón...el gran salto... La gran caída... Pluf! Salto entre la multitud. Miles de personas me rodean, hablan, beben, caminan y ríen. El buen humor esta por todos lados, y no hace más que poner mi corazón aún más paralizado de miedo. Navego a diestra y siniestra, pero no controlo bien mis gestos; dos veces estuve a punto de tropezar con las esculturas; me sucede que me pego con la gente.

«¡Perdón!»

— No es nada señorita, ¡no es nada! ja ja ja»

La gente ríe a carcajada limpia escapándose dentro del inmenso bosque de vestidos y trajes. La atmosfera es irreal y se me dificulta darme cuenta que bajo este regocijo se alimenta mi drama. Tengo los ojos como un gato en emboscada. Mi mirada está en todos lados, a la búsqueda de Charles. Tratando de encontrarlo entre las obras de arte en medio del bullicio compacto de la multitud. Dimitri, él, parece saber muy bien a dónde vamos. No hago más que seguir sus pasos a mi lado.

«¿Champán?»

Conozco esa voz... ¡Es Antonie el mozo del palacio!

«Eh, si, gracias... ¿Pero qué hace usted aquí?»

Extiendo el brazo hacia la charola que me ofrecen y tomo una copa. La llevo a mis labios y miro mi nuevo interlocutor por encima del borde del cristal. Ese simple gesto y ese rostro conocido le dan un poco de consuelo a mi corazón. Me recupero y me enderezo.

— Pues bien...Hago algunos extras para pagar el alquiler. Paris es una ciudad costosa.

— Es verdad, Antonie, yo se algo de eso.

— Espero que este pasando un momento agradable aquí.

— Es agradable verlo.

— Usted es muy amable, señora Maugham. Hey... ¿Señora?

— ¿Si, Antonie?

— ¿Podría usted no mencionar mis extras a mi superior del palacio? No es muy cómodo. Sería muy amable de su parte.

—No se preocupe Antonie. Confíe en mí.

—Muchas gracias, señora Maugham! Estuve encantado de encontrarla

aquí. Ah! Me están llamando...»

La llamada proviene de atrás de una obra en cartón y cemento, y Antonie complaciente propone su charola a un grupo de italianos risueños.

Dimitri se inclina hacia mí y me susurra violentamente al oído:

«¡No vuelva a hacer eso jamás, señorita Emma! Usted me habla a mi o no habla.»

*El me maneja a su antojo*

Después, entre dos charlatanes barrigones, como una aparición, veo Alicia acercarse. Se ve magnífica en un vestido negro y blanco, que moldea su cuerpo de arriba hacia abajo. Escote impresionante, rojo sangre en los labios y máscara antracita. Ella es deslumbrante, tanto como un diamante negro puede resplandecer. Su mirada intensa e inescrutable parece paralizar a toda persona pasando a su vista. Ella acaba de ver a Dimitri, quien se apresura a saludarla besándole la mano ávidamente. Ni una sola mirada para mí.

«Hasta pronto, Dimitri. Lo espero en el lugar previsto.»

Y en seguida ella se esquivo y se desliza para desaparecer entre la multitud.

Dimitri parece haber recibido una señal. ¿De dónde? Yo no sé. Sea lo que sea, veo su mirada endurecer y escudriñar un punto cerca de una gran escultura representando una gota de agua gris enorme. Yo miro igualmente. La tensión es difícil de controlar.

De repente, ¡Lo veo! ¡Charles! Él no nos vio. Su aparición en este pantano me lo hace parecer aún más magnífico y seductor. Está fenomenal en su smoking negro con el corte impecable que le entalla justo donde debe ser. Su mirada penetrante esta visiblemente en la búsqueda de algo. Veo los invitados abordándolo para hablarle. Es verdad, él es conocido por muchas personas... Lo percibo nervioso, tratando de cortar las conversaciones, de la manera más educada posible.

Entonces llega. Al fin, el momento que tanto esperaba. El me mira. Nuestras miradas se cruzan. El tiempo se detiene. El silencio invade mi cabeza y las luces parecen bajar. Hay entre los dos al menos veinte metros y centenares de personas, pero estamos como solos, tan cercanos.

Después, muy tajante, desvía la mirada. Sé que él no debe llamar la atención. Veo a mi lado a Dimitri delinear una pequeña sonrisa. No es más que este asunto de los diamantes, lo siento. Lo presentí desde el principio.

Charles lleva un portafolio de cuero claro que no le conozco. Debe ser

ahí adentro que guardó las joyas. Los famosos diamantes azules. ¿Qué es lo que está previsto? ¿Qué es lo que va a pasar? No me han dicho nada, *obviamente*.

Veo llegar al ministro de Cultura. Se acerca a Charles. Expresamente, busca hablarle. Charles no lo puede rechazar y entabla una conversación imprevista. Yo observo la escena; trato de almacenar el máximo de información examinando los mínimos gestos, los más pequeños detalles. Su conversación parece animada y relajada. Hablan probablemente de los benefactores actuales de Charles.

Pero... ¡Charles ya no tiene su portafolio de cuero claro en la mano! ¿Dónde está entonces? Ah, sí, en sus pies... Pero, es extraño, lo ha puesto un poco lejos... El ministro y Charles terminan de hablar y se separan. ¡¿Pero?! ¿No es cierto? ¡El ministro se inclina para tomar el portafolio! ¿Que significa esto? Charles se da vuelta y se aleja sin hacer preguntas. A su lado, el ministro se pasea, con maletín en mano, como si nada. El ministro ¿Involucrado en todo esto? Regresa a los grandes ventanales y hace una pregunta a uno de sus guardaespaldas. Con un gesto natural, libera al ministro de sus cosas para que esté más cómodo. Pero a ese guardaespaldas.... Lo reconozco, ¡Es Anikei!

*¿De qué se trata todo este lío?*

Dimitri parece muy satisfecho del desarrollo de las operaciones. Siento su mano tomar mi codo. ¿Qué? ¿Eso es todo? ¿Es todo? ¿Se terminó? ¿Y ahora, cuál es el programa? Me vuelven a secuestrar, ¿es eso? ¿Charles desaparece para siempre? De hecho ya no lo veo entre la multitud.

*¿Ni siquiera trata de recuperarme?*

De repente, siento un escalofrío helado bajar a lo largo de mi espalda. Doy un pequeño grito:

«¡Ah!

— ¡Oh! Discúlpeme señora... Perdón, ¡perdóneme señora! ¡Lo siento mucho, lo siento de verdad, Oh no!

— ¿Antonie? Pero que es...

— Esto no mancha, es champaña, pero me siento en verdad avergonzado. Yo... Tenga una servilleta. Es... Es el grupo de personas detrás, no dejan de estar pidiendo de tomar, y están empezando a ser un poco demasiado alegres y agitados. ¡Me empujan sin cesar! Lo cierto es que, yo... De hecho, es que me pinchan... ¡Y creo que intentan pellizcarme el trasero!»

El me señala el pequeño círculo de Italianos risueños de hace unos momentos. No puedo evitar sonreír al pobre Antonie que se hace perseguir amablemente por esos tipos un poco encendidos. Y entre ellos mi mirada se cruza entonces...

«¡Señorita Emma! Lanza la voz alegre y melódica. ¡Que encanto tenerla aquí presente en este suntuoso lugar!»

Y parte con una carcajada sonora, acompañado por todos sus amigos.

¡Es Spontoni! Mi cliente italiano tan gentil, El cual me había propuesto un arreglo de pareja para que él pudiera vivir su vida gay en toda tranquilidad.

«¡Señor Silvio! ¡Qué sorpresa!»

Que consuelo ese tipo. ¡El haría sonreír a un amargado!

Él se me acerca con grandes gestos amigables, riéndose. Y con un entusiasmo muy latino, me toma por los hombros, y me da dos besos en las mejillas.

«Emma, es absolutamente necesario que le presente a Paolo, un amigo extraordinario ¡lo va a adorar!» Él me toma del brazo y me tira detrás de él. No hay una palabra ni una mirada para Dimitri. Éste trata de retenerme la muñeca, pero hay demasiada gente. En un instante me alejo de Dimitri entre la multitud, conducida por mi italiano jovial. Como por una ola, Dimitri se deja arrastrar por los dos barrigones de hace rato que corren hacia el buffet. En una furtiva mirada, lo veo forcejear y estallar, tratando de regresar hacia mí. Hace unos grandes gestos hacia Louka y el señor pelirrojo. Pero en lugar de correr, Louka permanece impassible. No pudo haberse perdido la escena. Lo hace forzosamente a propósito. ¡Me deja un margen de maniobra! ¡Gracias Louka! No obstante, el pelirrojo no se mueve tampoco. Ah pero él, por el contrario, ¡es porque no entiende nada de los gestos de Dimitri! ¿Es tonto o qué? Dimitri parece frenético y sobreexcitado. Mientras tanto, Spontoni me dirige a su grupo de amigos. Estoy temblorosa y febril. ¿Qué hago ahora? Estoy tal vez separada de Dimitri algunos metros, ¿pero como le hago para huir de este nido de avispas?

Spontoni, siempre bromeando:

«Señorita Emma, he aquí mi querido amigo Paolo.

— Encantada Paolo, Yo... ¿Cómo?»

¡Es Charles! Spontoni me ha llevado hacia él. ¿Qué es esta historia? De prisa, ni siquiera el tiempo de reflexionar, Charles me toma por el brazo,

hace una señal con la cabeza a Spontoni, y corremos deslizándonos dentro de la masa de gente. Nos dirigimos hacia el buffet y pasamos detrás de la mesa grande.

«Discúlpenos»

Charles empuja a dos cantineros, abre una puerta de servicio y desaparecemos en un largo corredor laberíntico. Charles me lleva aun por el brazo. Es la carrera mas grande de mi vida. Comienzo a perder el aliento. *Escaleras. Arriba, abajo, izquierda, derecha.* Me encuentro desorientada en este laberinto. Charles, él, sabe perfectamente a donde va. Abre la puerta y repentinamente ¡Todo en silencio!

Nos encontramos en una inmensa sala de exposiciones apagada. Vacía. Charles se voltea hacia mí:

«Por fin, Emma. Estaba tan preocupado.

— Oh, Charles, lo siento mucho.

— Emma, me siento tranquilo.

— Cuando te vi en la pantalla, yo lo sabía: jamás me abandonarías.

— ¿Cómo hubiera podido, Emma? Tu y yo...

— Si, ¿Charles, tu y yo?

— Emma...»

Su voz se pierde. Yo sé que él no es el tipo de hombre que comparte tan fácilmente sus sentimientos. Esa bestia salvaje.

«¿Si, Charles?»

Levanta su mano, y de su índice apunta un cuadro colgado detrás de nosotros.

«Ahí estamos: Tu y yo.»

Ese cuadro, lo reconozco de inmediato: es El Beso de Gustav Klimt. Charles me toma en sus brazos, en reflejo al cuadro. Él me besa.

Pero me doy vuelta hacia él:

«¿Y Spontoni? Como es que...

— ¡Ah! Silvio es un viejo amigo. Hicimos nuestros estudios juntos. Es alguien de bien.

— Charles, tu sabes, el me propuso...

— Si, Emma, eso era parte de mi plan. Soy un lobo en materia de emociones, Emma. Pero digo poco de eso. Una vez que me empujaste a aclarar mis sentimientos hacia ti, no supe que decir al principio. También, si era necesario dar el paso y declararte abiertamente mi pasión, era necesario que estuviera seguro de ti...

— ¿Y?

— Tú no me has decepcionado. Tú jamás me has decepcionado.

— Y los diamantes azules, Charles, ¿te separaste de los diamantes?

— Yo siempre tengo el más bello de los diamantes azules, Emma.

— ¿Cómo? Vi cuando se llevaron el portafolio...

— Está delante de mí, Emma, justo delante de mí.»

Charles se inclina y me besa, las manos en mi cintura, puestas sobre mi magnífico vestido de noche de un azul brillante. Nada más tiene importancia, me siento como en una nube, no tengo ya miedo de nada...

Él se detiene y me toma de la mano hacia una puerta secreta. Es un cuarto de servicio adecuado a la electricidad. En la oscuridad, hay cientos de puntos pequeños luminosos, rojos, verdes y azules brillando en constelaciones. Charles cierra la puerta y me pega de golpe contra el metal frío. Se sumerge en mi boca con un fervor animal. Nuestros labios están hinchados de deseo, centelleantes de humedad. Sus palmas acarician el tafetán sedoso de firma Dior. Después de todas esas peripecias, me relajo por fin y me reposo en sus brazos, dejando mi cuerpo entregarse a sus dulzuras. Mis labios se calientan y mi boca se abre. Siento su lengua delicadamente pasar sobre mi labio superior, después entrar finamente en mi boca, pero oh, no demasiado lejos. Acaricia el interior de mi labio apretándolo contra el suyo, y hábilmente lo mordisquea con dulzura. Después su lengua se sumerge en mí y viene en busca de la mía. Ellas se acarician, se miman, se aprietan. Mi cuerpo se calienta. Se pone ardiente. Ardiente, aunque los escalofríos me recorren los miembros de arriba abajo. Apenas siento mi cuerpo, sólo mi lengua totalmente entregada a Charles quien la usa para su placer y el mío. Su mano derecha sube detrás de mi cabeza y me agarra los cabellos y la nuca para forzar mi boca a abrirse más grande y clavar su lengua todavía más lejos. Ven en mí, Charles... Ven más lejos...

Besándome hábilmente, Charles desciende sus manos para atrapar las mías, y las levanta de golpe por encima de mi cabeza y las pega a muro. Del techo, jala el extremo de un cable colgando, inactivo, y me ata las muñecas juntas. Estoy a su merced.

Charles termina su beso y desciende, rodilla al suelo, toma mi pie derecho. Me acaricia el tobillo y lo besa suavemente. Sus caricias son de miel. No puedo más que padecer. No puedo más que sonreír. Se pone a lamer la parte alta de mi pie deliciosamente, y sube poco a poco a lo largo

de mi pierna. Sus manos se agitan sobre mis dos piernas. Sus caricias virtuosas me hacen oscilar de placer. El calor invade todo mi cuerpo. Me invade el vientre. Me invade el sexo.

Su lengua está ahora al nivel de la rodilla. La sobrepasa. Está sobre mi muslo. Sus manos no se detienen. *¡Sube, Charles, así, más alto!* Sus dos manos, cada una sobre una pierna, suben sobre mis caderas y van a buscar mi calzón. Suavemente, él lo hace descender, centímetro por centímetro. Su lengua no hace más que trepar, y pareciera nunca llegar a la meta de su deliciosa carrera. *¡Más rápido!* Siento mi cuerpo querer abrir los muslos; abrir las piernas. Quiero que el venga, que me tome. Pero me fuerzo a mantenerlas cerradas... *¡Para que él termine de bajar el calzón!* El gesto no tiene fin, la frustración de la espera y el placer se entrelazan. Gimo. No puedo más. Piernas cerradas, doblo mis rodillas, bajo mis nalgas, todavía atada al techo por las muñecas. Oscilo, me meneo, me contoneo. Me subo, me vuelvo a bajar. *¡Detén esta tortura Charles!*

Finalmente su lengua viene muy de cerca de mi intimidad. Está tan caliente y húmeda. *Ella no espera más que tu lengua Charles. ¡Ven a disfrutarme!* Pero mi calzón está aún en mis tibias. El continúa a besarla, muy suavemente. Después, él lo pasa por debajo de mis tacones.

*¡Por fin, soy libre!*

Separo mis piernas vivamente, y sosteniéndome con el cable paso mis piernas por ambos lados de su cabeza, muslos sobre sus hombros, para traerlo más hacia mí. Su boca se hunde en un instante en mi sexo. Yo lo sostengo y lo mantengo con mis piernas, pero él me aprieta las nalgas con todas sus fuerzas y me devora. Yo grito de placer. Su lengua pasa alrededor de mi sexo, y entonces sube hacia mi clítoris. Disfruto del gozo de sus cosquilleos expertos. Gimo, suspiro, mi pelvis se mueve en todos sentidos. Mi torso se balancea de adelante hacia atrás. El placer libera una leona en mí. Charles libera una leona en mí.

Después Charles se desprende y se levanta. Atrapa la cremallera de mi corpiño, al nivel del cuello, justo en medio, y la abre de golpe hacia abajo. Instantáneamente, mi pecho es liberado, y mis senos, sin brasier ni corsé, disfrutan de la frescura del aire. Charles se lanza sobre ellos y los besa sensualmente mientras me sostiene la cintura con sus dos manos. Soy todavía su prisionera, atada al techo, y hace lo que quiere conmigo. Pero, no completamente... aún sostenida por el cable, paso mis dos piernas detrás de sus nalgas y llevo brutalmente su cuerpo hacia mí, con la pelvis

hacia adelante.

Mientras lame mi pezón izquierdo, desabrocha su cinturón, su pantalón y saca su miembro. Ese miembro inmenso hinchado de virilidad y de deseo. Para mí.

Sin esperar, sosteniéndome por las caderas, me penetra fogosamente. De un golpe, hasta el fondo. Nuestros pubis se tocan. Nos quedamos un instante así. Entonces él comienza a ir y venir salvaje. Gemimos los dos, suspiramos. *¡Más fuerte, Charles, más rápido!* Mis manos se enredan alrededor del cable, que aprieto más fuerte, cada vez más.

Tiré tan fuertemente del cable que de golpe, cede. Mi brazos recaen, pero yo no, sostenida por las manos y el miembro de Charles. Apretada como un tornillo. Unos minutos más y me desenredo, siempre con el cable en la mano. Rápidamente, lo paso alrededor de los puños de Charles. Lo anudo; jalo. Esto ocurre en un instante, ¡él no se lo esperaba! Los brazos atados detrás por la espalda, es mi turno, ¡sólo para mí! Está a dos pasos de mí y lo observo. Grande, atlético, tan bello. Su pantalón abierto y su magnífico miembro erecto. Me acerco, evitando cuidadosamente su virilidad tensa. Desabotono su camisa y paso mis manos sobre su torso musculoso. Esas caricias parecen gustarle. Él respira cada vez más fuerte. Suspira. Su pecho es firme y espectacular. Mis manos atraviesan toda su cintura, después de su cuello; pasan por todos lados. Descienden y bajan su pantalón. ¡Me vengo! ¡Tendrá lo que me hizo! Pongo mucha atención a no rozar su pene magnífico, y voy suavemente, muy suavemente. Posteriormente, en la parte baja, lo beso con la mirada. Él está espléndido, escultural. Subo mis manos a lo largo de sus piernas y agarro sus nalgas. Firmes y musculosas. Las acaricio embriagada. ¡Él no aguanta más, lo veo! Y jala sus muñecas atadas. Parece un león rabioso, atado. Y yo lo voy a domar...

Bajo entonces sobre sus rodillas. Todavía no he acariciado su miembro. Su frustración debe estar hasta el colmo. Su miembro está delante de mí, delante de mi rostro. Mis manos están aún en sus nalgas. Él se menea, gime; ¡Es todo mío!

De golpe me sumerjo sobre su pene y lo tomo con mi boca voluptuosa. Él grita de placer. Vuelvo a subir lentamente, dejando resbalar mis labios sobre los bordes de su miembro. Entonces, llegando al final, lo chupo un poco y lo mordisqueo un poco. Siento su pelvis bascular de adelante hacia atrás. Su placer aumenta, ¡Quiere más! Me quedo en la punta y hago uso de

mis labios y mi lengua para matarlo con mis caricias carnales. Entonces, lentamente, vuelvo a bajar. Lo vuelvo a tomar con mi boca, envolviéndolo con mi lengua y mi paladar agitado. Mis manos se ocupan al mismo tiempo de sus piernas y de sus nalgas. Acaricio, rasguño, agarro, tuerzo, pincho. Su pene está en toda mi boca, mi mano lo toma de golpe por debajo. Lo tengo, es mío, en mi palma. Lo acaricio lentamente y firmemente. Mi otra mano se ocupa aún de sus nalgas subiendo a veces por el torso y su pubis viril. Con la cabeza, acelero poco a poco el ritmo aumentando y descendiendo más rápido. Aún más rápido. Cada vez más rápido. Su pene está enorme y mi boca lo traga con tanto placer; yo lo quisiera profundo en mí, más profundo, ¡Aún más profundo! Mientras avanzo, paso mis manos detrás de sus nalgas y desato el nudo del cable.

¡Liberé a la fiera!

Pero no me detengo. Entonces continúo con más intensidad, completamente desencadenada. Sus brazos por fin libres, Charles me desata el moño. Mis cabellos vuelan de una y otra parte. Charles es una fiera apasionada que se menea pasando sus manos en mis cabellos. Entonces los sujeta y me levanta. Estoy de pie. Me empuja sobre la mesa eléctrica parpadeante de mil luces. Abro las piernas apoyando mis pies sobre el borde. Él me penetra, completamente turbado. Está encendido, sobreexcitado, él me posee, me muerde, me besa, y se clava en mí. ¡Más rápido! ¡Aún más rápido! Estoy exaltada, frenética. Mis uñas rasguñan a Charles en el torso. En la espalda. En las nalgas. El gime, él grita. Yo clamo, gimo, me quejo, reclamo. ¡Así! ¡Así! ¡Más! ¡Más fuerte! ¡Más adentro!

Nuestros gozos y nuestros gritos desembocan en un instante, en un mismo gesto, un mismo amor. Nos tomamos, nos abrazamos. Nuestras manos, nuestros brazos se intercalan. Su cuerpo contra mi cuerpo, en un sólo deleite, un placer único. Lo beso. Me besa. Nuestros labios no cesan. Nuestras bocas son insaciables.

Nos estrechamos. Fuerte. Muy fuerte. Juntos, somos más fuertes.

## 5. Las máscaras caen

Una vez terminado el intermedio romántico, es necesario salir ahora del edificio y ponernos a salvo. Pero el lugar es inmenso y la tarea es menos fácil de lo que parece. Recorremos varios corredores largos iluminados por luces de neón azul. Charles abre finalmente la puerta y nos encontramos en la inmensa sala de la apertura. La fiesta ahora se ha terminado. Los meseros y los hombres de limpieza se ocupan alrededor de toda la pieza. Los vestigios de los festejos están esparcidos por el suelo. El bullicio ensordecedor ha dado lugar a una dulce música ambiental que el cocinero debió poner para dar gusto a sus tropas.

Estamos obligados a atravesar a lo largo de esta sala, y es el momento en el cual estaremos más expuestos. Hay que estar muy atentos. Quedan algunos invitados aquí y allá; discutiendo o encubando su vino. Caminamos como si nada hacia la grandiosa puerta de entrada que se abre hacia el elevador de vidrio- el último antes de la libertad.

Me siento tan bien con Charles en mi brazo. Aprieto su codo contra mí y cierro un poco los ojos. Los meseros con el uniforme de servicio del café pasan de un lado a otro de nosotros con vasos vacíos sobre su charola. De repente, uno de los meseros se voltea hacia nosotros, probablemente para saber si tenemos vasos vacíos para dárselo.

«Discúlpenme, me parece que tal vez tendrían algo que nos interesa.

— No tenemos más nuestros vasos, mi estimado, dice Charles.

— No me refería a eso»

De repente, ¡siento un brazo sujetarme las muñecas por detrás! Jalo mis manos, inútilmente. Giro mi cabeza por arriba de mi hombro: ¡Es el pelirrojo! Volteo hacia Charles. Se hace inmovilizar por Anikeï. Los brazos del ruso hacen el doble de cualquier hombre normal. Levanto mi mirada hacia el mesero: es el viejo arrugado que se había disfrazado.

Escucho una risa sarcástica detrás de nosotros:

«¡Señorita Emma! Que tristeza... estaba perdida en el museo. Es tan mal frecuentado por aquí. Veo además que está en compañía de un pequeño bribón. Afortunadamente, la hemos encontrado para salvarla de sus garras maléficas. Finalmente usted podrá regresar a casa. Nuestra bella casa.

— ¡Dimitri! ¡Nunca! ¡Nunca regresare con ustedes; jamás lo seguiré!

— Ja ja ja, señorita Emma, la situación es muy graciosa. Como si usted pudiera escoger... En cuanto a usted, mi estimado Señor Delmonte...

— ¡Dimitri! Exclama Charles.»

¿Cómo? ¿Charles conoce a Dimitri?

Charles continua :

«Emma, te presento a Dimitri. Dimitri Petrovska.»

¿Petrovska? ¿Pero qué significa esto?

«Es el hermano Emma, el hermano. La circulación internacional de obras de las hermanas es el medio ideal para hacer contrabando. Droga, armas o... Joyas. ¿Quién sospecharía que una escultura célebre esconde en su interior tantos tesoros, no es así?»

¡Estoy sin aliento! Pongo todas las piezas del rompecabezas en orden... la escultura en casa de Charles; el misterioso repartidor... ¡los diamantes! ¿Pero por qué Charles me los dio? Y además, ¿Qué quieren ahora ellos que ya los tienen, sus famosos diamantes azules?

En eso, los hombres de negro nos atan y nos acarrearán hacia un elevador de servicio en el cual nos tiran sin compasión. Subimos en grupo sobre el techo del famoso museo. Desde lo alto, la vista es para quitar el aliento. Me da la impresión que caminamos sobre los techos de París. La ciudad brilla en centenas de estrellas todas alrededor de nosotros. El cielo destella en sus constelaciones. Todas las luces se reflejan en los lentes de sol de nuestros raptos. El viento a esta altura nos levanta el cabello. Tiemblo. Los rusos no parecen bromear. Mis oídos me zumban y la tensión me da náuseas. Veo que estamos atrapados... ¡Es el fin! Si ahora debe ser el último día de mi vida, al menos será con Charles, y delante de las estrellas...

A la derecha, sobre un pequeño parapeto y al resguardo del viento, dos pequeñas brasas naranjas brillan intermitentes en la oscuridad. Nos acercamos: Las hermanas Petrovska están sentadas calmadamente, con las piernas cruzadas en el mismo sentido, con un cigarrillo fino en sus dedos. Ellas nos miran fijamente, sin decir palabra, soplando su humo hacia las estrellas.

Detrás del pequeño muro, una puerta metálica se abre. Un vestido negro y blanco sale en ese momento. Alice. Lleva un gran cuello de pieles para protegerse del frío. Detrás de ella, Guillaume, con una gran sonrisa en los labios. Alice se detiene un instante para sacar una boquilla y enciende su dosis de tabaco. La brasa naranja parece respirar en la oscuridad. Guillaume me fija y luce satisfecho.

Viendo el sobrino de Alice, las hermanas Petrovska se levantan

rápidamente. Ellas sonríen incómodas acomodando su camisa. Si esas nenas no están enamoradas de ese tipo, ¿no entiendo nada!

Toda esa alta sociedad está de pie, inmóvil, cada uno jugando el rol de su vida en esta escena crucial. Entonces, un enorme ruido ruge en el cielo: un helicóptero negro se posa del otro lado del techo del museo. Dimitri, Anikeï y el viejo arrugado se dirigen hacia él. Sus siluetas oscuras se funden en la noche.

Alice, sensual, se acerca a Charles. Ella se coloca muy cerca de su cuerpo atado. Sus senos contra su torso. Acerca la punta de su cigarrillo sobre sus ojos, amenazando quemarlo. Pero Charles permanece impassible. Su fuerza de carácter se lee en su mirada. Y siento que Alice no soporta el no poder llegar a dominarlo.

Entonces Charles le habla suavemente:

«Alice, estoy encantado de ver que finalmente has comprendido que no me tendrás jamás. Es más, has encontrado al pequeño Dimitri. Oh, pero si están tan bien juntos. Como deberá estar feliz ahora, él que te deseaba tanto en la universidad. Pero era un poco apagado, demasiado ególatra para ti. Todos le huíamos, demasiado egoísta, demasiado apegado al dinero... Felicidades, tu sabes, es un rasgo de plenitud personal el aprender en la vida a contentarse con menos. De mucho menos.

-Charles Delmonte, siempre tan seguro de él, siempre el dueño del mundo. Adulado por todos y todas. No es grave, Charles, te hubiera amado, te he perdido. Pero por lo menos hoy yo voy a ganar. Estas estrellas son las últimas que tu verás jamás.»

Una pausa y ella besa a Charles en la boca como ella no lo había hecho. Pasa su mano sobre su torso y desciende su mano sobre su pantalón.

«Eso estaba bueno, Charles. Pero se acabó.»

En seguida, ella saca una pequeña bolsa que Charles había pegado a su camisa: ¡los diamantes azules! ¡Están adentro! Ella sonríe, y entonces los guarda en su escote.

«En cuanto a ti, pequeña zorra, dice ella dirigiéndose a mí, no hay más contrato. Lo más simple es aún el deshacerse de ti al mismo tiempo. ¡Dos pájaros de un tiro!»

Louka y el pelirrojo nos empujan a los dos hasta la orilla del edificio. La ciudad se extiende a nuestros pies, y en el momento justo de bajar la mirada, decenas de metros más abajo, la acera. Tenemos los pies a mitad hacia el vacío. Charles está a mi lado y nuestras miradas se cruzan por

última vez sin duda alguna. Siento nuestro amor crecer tan fuerte... Todo esto va a desaparecer en la eternidad.

De repente, Guillaume, a quien veía tenso en su rincón, trata de correr. Corre hacia nosotros y atrapa Alice por los hombros para jalarla hacia atrás. Grita:

«¡No! ¡No la matarás! ¡Emma, ven hacia mí, tú serás mía por siempre!»

Alice se levanta y se lanza sobre Guillaume. Luchan. Pero las hermanas Petrovska quieren Guillaume para ellas... entonces se levantan, y en lo que una se lanza en la confusión, la otra corre hacia nosotros con un cuchillo.

«Tú, jovencita, te desato únicamente para que nuestro hombre no te lleve con él. Tú, Delmonte, te libero para que impidas a la jovencita ir hacia él. ¡Váyanse rápido!»

Louka y el Señor pelirrojo no se resisten delante de las órdenes de la Petrovska.

Alice y Guillaume se dan cuenta de repente de lo que está pasando. Se dirigen hacia nosotros, clavándose hacia el borde del abismo en donde nos encontramos. ¡Quieren lanzarse sobre nosotros! ¡Están como locos! ¡Vamos a caer todos! Alice y Guillaume caen sobre nosotros... en el último momento, Louka nos jala de un fuerte movimiento. Nuestro lugar quedo vacío, el brinco de Alice y Guillaume los envía por encima del borde del edificio. Desaparecen en un instante en la oscuridad.

El tiempo se detiene. El silencio toma lugar. Unas descargas eléctricas me recorren el cerebro. Mi garganta se cierra. ¿Qué paso? ¿Esto es cierto? Estoy en shock...

Me jalan de la muñeca. Charles me lleva, no es el momento de tardar. Dimitri y sus esbirros se giran y corren hacia nosotros. Rápido, Charles y yo nos tomamos de la mano y corremos hacia la puerta de servicio. Pero Dimitri no nos sigue: Se dirige hacia la orilla del techo.

«¡Alice!»

Los gritos de Dimitri se pierden en la oscuridad.

«¡¡¡Aliiice !!!»

Ni un reposo para nosotros, rodamos las escaleras y saltamos en los elevadores. Ni una palabra sale de nuestras bocas. Llegando a la planta baja, caminamos lo más tranquilamente que podemos mientras las sirenas de la policía y los bomberos se confunden. Los policías encontrarán sobre Alice los diamantes robados. Desaparecemos en la esquina. Levantando la mirada vemos el helicóptero de Dimitri volar sobre la ciudad y desaparecer

hacia el horizonte.

La atmósfera de la calle parece totalmente irreal.

«¿Charles ?

— ¿Si?

— tómame entre tus brazos.»

Me aprieta contra él.

«¿Charles?

— Si, Emma, te amo.»

Unas lágrimas caen a lo largo de mis mejillas.

«Si, Emma, te amo tanto que las palabras se vuelven inútiles.

— Oh Charles...»

Lo estrecho más fuerte y nos besamos.

Retomamos nuestro camino.

«¿Charles?

— ¿Si?

— ¿Mañana será otro día?

—Emma, todos los mañanas serán nuestro día.»

**Continuará...**

**¡No se pierda el siguiente volumen!**